

JACULATORIAS.

Quis mihi det ut inveniam te! Cant. 8.

¡O amado mio de mi alma, quién me diera hallarte para no apartarme de tí en todos los días de mi vida!

Inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam. Cant. 3.

Hallé al amado de mi corazón; estrechéle entre mis brazos, y jamás permitiré que se aparte de mí.

PROPOSITOS.

1. El primer carácter de la verdadera penitencia es la prontitud en corresponder al movimiento de la gracia cuando se trata de conversión; la dilación y la deliberación en esta materia da motivo para temer que jamás llegue el caso de convertirse. Confesar que es preciso hacerlo, y dilatarlo para otro tiempo es, una de dos, ó no dársele á uno nada el morir sin convertirse, y esto es impiedad, ó prometerse que tendrá tiempo para hacerlo, y esto es presunción. Huye de la una y de la otra. Pocos hay que no tengan necesidad de vencer alguna pasión, de reformar sus costumbres, de romper algún mal hábito, de corregir algún vicio, de hacer alguna restitución, y de calmar los justos remordimientos de la conciencia con una buena confesión; en una palabra, pocos que no tengan necesidad de convertirse. No dilates un momento tu penitencia. ¡Qué dolor sería el tuyo si estos saludables consejos que estás leyendo fueran los últimos avisos que te da Dios! Él es el que te da este pensamiento, y te hace esta advertencia; no los desprecies; cargado estás de maldades y de deudas á su divina justicia; bien sabes dónde has de hallar al Salvador; no dilates para mañana el ir á buscarle, y arrojarle á sus piés.

2. Preciso es, dice san Pablo, que lo que fué materia de pecado, lo sea de penitencia; aquello mismo que diste al mundo cuando eras esclavo suyo, lo has de dar ahora á Dios; las mismas cosas que sirvieron á la vanidad y al deleite han de servir en adelante á la virtud y á la religion; sin esto la conversión es dudosa, es caduca, es aparente. ¡Cuántas galas costosas! ¡cuántos muebles superfluos! ¡cuántos gastos inútiles! Haz pedazos esos vasos de alabastro, derrama esos bálsamos preciosos á los piés de Jesucristo; es decir, redime con limosna tus pecados. ¡Qué consuelo sería el tuyo en la hora de la muerte, si hubieses vendido esas joyas, ese aparato de la vanidad y de la profanidad para adorno de los altares y para sustento de los pobres! ¿Consolará mucho á un moribundo dejar á sus hijos con qué eternizar la profanidad en la familia? Sacrifica al Señor antes de la muerte todo lo que ha servido de fomento al orgullo.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN APOLINAR, ó APOLINARIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Es reconocido san Apolinar por el apóstol y por el primer obispo de Ravena; por lo menos no se conoce otro mas antiguo que él. Fué discípulo del Salvador, y despues de su gloriosa ascension acompañó á san Pedro á Antioquia, donde trabajó bajo su dirección con tanto zelo y tanta felicidad en la propagación de la fe, que, cuando el santo apóstol dejó la cátedra de Antioquia para establecerla en Roma, le llevó consigo á Italia, conociendo su virtud y su zelo por la religion. Luego que llegaron á Italia, bien informado Pedro de lo que disponia la divina Providencia de su

amado compañero, le consagró obispo y le envió a Ravena.

Recibió su mision con extraordinario gozo por el ardiente deseo que tenia de derramar su sangre por amor de Jesucristo; y con la esperanza de encontrar presto la corona del martirio en un pueblo furiosamente adherido al culto de los dioses y á todas las supersticiones del paganismo, partió inmediatamente á su destino. Estaba ya á las puertas de la ciudad, cuando un muchacho, ciego desde su nacimiento, asiéndole á tientas de la ropa, le pidió una limosna. Compadecido el santo del triste estado de aquel niño, se la dió muy ventajosa, porque, haciéndole sobre los ojos la señal de la cruz, le dió al punto la vista. Al ver esta maravilla, le rodeó al punto una multitud de gente; y aprovechándose el santo de la buena disposicion en que estaban los ánimos en vista del milagro, les habló poco mas ó menos en los mismos términos en que san Pedro habia hablado á los judíos, despues de haber curado milagrosamente al cojo que pedia limosna á la puerta del templo.

Amigos, les dijo, ¿porqué os admirais de lo que acabo de hacer con este niño, ó á qué fin me mirais como si lo hubiera hecho por mi autoridad ó por mi virtud? Si di la vista á este ciego, fué en el nombre del verdadero Dios que os vengo á anunciar; y no hay que esperar salvacion ni vida eterna sino abrazando su religion. Tardó poco en recoger los primeros frutos de su apostolado; el niño, su padre, que era soldado y se llamaba Irenéo, con toda su familia se convirtieron luego á Jesucristo, y extendida por toda la ciudad la fama del milagro, todos se daban priesa por ver y conocer al hombre prodigioso que le habia obrado.

Llegando la noticia á un oficial que mandaba un

cuerpo de tropas con el grado y título de tribuno militar, suplicó al santo que pasase á su casa á visitar á su mujer, que se estaba muriendo despues de muchos años de una penosa enfermedad. Entró Apolinar en el cuarto de la enferma, y hallándola á punto de espirar, hizo oracion á Dios, y despues la señal de la cruz sobre la enferma en presencia de su marido y de toda la familia, mandándole que se levantase en nombre de Jesucristo. Al punto recobró todas sus fuerzas la postrada moribunda, y gritando ella misma la primera, *milagro, milagro*, se incorpora, se levanta, se arroja á los piés del santo con su marido y con toda su familia, confiesan todos que no hay otro verdadero Dios sino el Dios de los cristianos, y todos piden el bautismo.

A tan dichosos principios se siguió una muy abundante miés. El tribuno convertido á la fe de Jesucristo dió al santo una de las casas que tenia en Ravena, la cual fué como la cuna de aquella tierna y recién nacida iglesia. Creció tanto en poco tiempo el número de los fieles, que Apolinar se vió precisado á formar una especie de clero, escegiendo algunos discipulos para que le ayudasen en las sagradas funciones de su ministerio. Celebrábanse los divinos misterios con respeto y con veneracion; cantábanse las alabanzas del Señor con devocion y con piedad, y el zeloso pastor distribuia al pueblo el pan de la palabra de Dios. Aunque estos ejercicios de religion se hacian de noche y en secreto, como se acostumbraba en aquellos tiempos de persecuciones, no pudieron hacerse tan ocultamente, que los paganos no llegasen á saberlo. Sobre todo, los sacerdotes de los idolos, viendo disminuidos sus emolumentos y el culto de los dioses desde que Apolinar estaba en la ciudad, enconaron los ánimos contra él, y le acusaron ante Saturnino, gobernador de Ravena, como á cabeza muy prin-

cipal de los cristianos. Llamóle el gobernador, y al principio le trató con mucha urbanidad, teniendo presente que era respetado por hombre milagroso; pero le dió quejas de la grave injuria que hacia al gran Júpiter, habiendo ya doce años que no cesaba de dogmatizar en la ciudad. Respondió el santo con mucho respeto que no conocia á tal Júpiter, ni mucho menos podia discurrir se hiciese agravio al público en intentar sacarle de la impiedad y de las tinieblas de la idolatria. *Pues si no le conoces*, replicó el gobernador, *yo te le daré á conocer; vamos juntos al templo*. Quedó atónito el santo cuando vió la multitud de vasos de oro y de preciosos ornamentos, que no tanto adornaban, cuanto oprimian el sacrilego altar del idolo; y enternecido hasta derramar muchas lágrimas en vista de las inmensas riquezas que se sacrificaban al demonio, *¿ es posible*, exclamó, *que hombres de razon se despojen, se consuman y se empobrezcan por enriquecer un idolo vano, que no vale lo que tiene á cuestas? ¿ Qué poder tiene vuestro Júpiter? ¿ quién ha hecho dios á un hombre, que, segun vuestras mismas fábulas, fué el mas facineroso de todos los mortales? No fué menester mas para que todo el pueblo se alborotase y se armase contra él. Abandónóle el gobernador á su discrecion, moliéronle á palos y á pedradas, y considerándole ya muerto, le sacaron arrastrando fuera de la ciudad. Acudieron los cristianos, y habiéndole hallado junto á la orilla del mar todavia con vida, le ocultaron en una casa, que luego se convirtió en una iglesia.*

Recobrado de los golpes, y enteramente curado de las heridas, habia seis meses que trabajaba sin cesar en la viña del Señor con mas fruto que nunca, cuando cierto caballero, llamado Bonifacio, que muchos años antes habia quedado mudo de un accidente, sin haber podido recobrar el uso de la lengua por

mas remedios que le aplicaron, noticioso de que vivia aun el santo, le envió su mujer para que le suplicase fuese á verle á su casa. Pasó á ella el santo, y luego que entró, invocando el nombre de Jesucristo, libró á una criada que estaba poseida del demonio. A este primer milagro se siguió el segundo. Apenas se echó Bonifacio á los piés de Apolinar, cuando recobró el uso de la lengua; y en vista de los dos prodigios, toda la familia se convirtió á la fe de Jesucristo, siguiéndose á esta pronta conversion la de mas de quinientas personas.

Tantos hechos milagrosos de necesidad habian de sobresaltar de nuevo á los gentiles. Revivió su odio contra el santo obispo, y echando mano de él despues de muchos malos tratamientos, segunda vez le arrojaron de la ciudad. Retiróse á una caverna, donde no cesaba de fortalecer y de instruir á los cristianos que le iban á buscar. Hizo allí muchas conversiones, y cuando ya tenia á los neófitos bien catequizados, los llevaba á la orilla del mar y les administraba el santo bautismo. Como no veia apariencia de que pudiese volver á entrar en su iglesia tan pronto, y por otra parte se hallaba como encarcelado su fervoroso zelo, pasó á la provincia de Emilia, y corrió otros muchos paises anunciando el Evangelio con increíble gozo.

Pero el rebaño no podia llevar con paciencia tan larga ausencia de su amado pastor; obligáronle los cristianos de Ravena á que se volviese á su iglesia, donde fué recibido con tantas demostraciones de gozo, que muy en breve le hicieron olvidar todas las fatigas pasadas. Tuvo noticia de su llegada un patricio antiguo, llamado Rufo, y al punto le envió un recado, suplicándole que fuese á ver una hija suya que estaba gravemente enferma. Apenas entró el santo en la casa cuando la enferma espiró. Era idólatra

Rufo; y juzgando ser efecto aquella desgracia de la cólera de sus dioses, se enfureció contra Apolinar; pero el santo, sin alterarse, le respondió: *¿Me dais palabra, señor, que si Jesucristo os restituye vuestra hija, no le estorbaréis que reconozca y siga á su Salvador? Yo te juro*, respondió el afligido padre, *que si tu Dios resucita á mi hija, ella, yo y toda mi casa no reconoceremos otro Dios que á él*. Hizo oracion Apolinar, acercóse á la difunta, y levantando la voz, dijo: *Hija mia, levántate en nombre de Jesucristo, y da gracias á tu bienhechor*. En el mismo instante se levantó la doncella, diciendo á gritos: *El Dios de Apolinar es el único Dios verdadero*. Resonaban por toda la casa las voces de alegría, y recibieron el bautismo mas de trescientas personas. Rufo fué despues un cristiano muy fervoroso, y su hija ejemplo de las doncellas cristianas.

Necesariamente habian de meter mucho ruido tantas y tan portentosas maravillas. Llegaron á noticia del emperador. Pintáronle á Apolinar como á un formidable hechicero, que por virtud de sus encantamientos resucitaba muertos, y era el mas temible enemigo de los dioses del imperio. Dió comision á uno de sus oficiales, llamado Mesalino, para que recibiese informacion de los hechos de Apolinar, y si rehusase sacrificar á los dioses, sin dilacion le echase de Ravena, enviándole á algun destierro. Ejecutóse la órden con mayor rigor de lo que ella expresaba. Irritóse el brutal juez en vista de la constancia y de la elocuencia con que el santo obispo defendió la causa de Jesucristo. Mandóle primero aplicar á una cruel tortura; hizo despues que despedazasen á azotes su santo cuerpo, y ordenó que escaldasen las heridas con agua hirviendo. Reparando el tirano que en medio de aquellos suplicios no cesaba Apolinar de cantar alabanzas á Dios, mandó que le moliesen con piedras

las mandíbulas; y habiéndole tenido encerrado por algun tiempo en un lóbrego y hediondo calabozo, con el fin de que pereciese de hambre, viendo que no lo podia conseguir, le envió desterrado á Grecia.

Luego que el navío se hizo á la vela y salió del puerto, padeció naufragio, pereciendo toda la tripulacion, sin salvarse mas que el santo, tres eclesiásticos que le seguian, y tres soldados que se habian hecho cristianos. No estuvo ocioso el santo obispo en su destierro; corrió muchas provincias, haciendo en todas partes nuevas conquistas para Jesucristo, y padeciendo en todas una especie de martirio. Hallándose en una ciudad donde era adorado el ídolo de Sérapis, enmudecieron los demonios. Admiróse el pueblo, y entendió que la presencia de Apolinar, discípulo de Jesucristo, tenia mudos á todos los oráculos. Buscaron al hombre milagroso, y despues de muy maltratado, le metieron en una embarcacion que se hacia á la vela para Italia. Tercera vez le condujo á su iglesia la divina Providencia, y en ella celebró los divinos misterios con indecible gozo de los cristianos; pero no duró mucho la calma: sorprendióle en cierta ocasion una tropa de paganos, al mismo tiempo que estaba en el altar celebrando el santo sacrificio; y despues de haberle molido á golpes, le llevaron arastrando por las calles hasta la casa de un oficial principal llamado Tauro. Celebró mucho este ver en su casa al hombre de quien se contaban tantas maravillas: llamó á ella á sus principales amigos, queriendo probar en presencia de todos la virtud de hacer milagros que le atribuian.

Tenia Tauro un hijo muy pequeño que habia nacido ciego, y dijo á Apolinar: *Si das vista á este niño, creeré en el Dios de los cristianos, y te prometo que hará lo mismo toda mi familia*. No deliberó un punto el santo; mandó que le acercasen el niño; hizo so

él la señal de la cruz, y le dijo: *Hijo mio, en nombre de Jesucristo abre los ojos y ve.* Inmediatamente los abrió el niño, quedando como atónito y suspenso por algun tiempo con la admiracion de los objetos que nunca habia visto, y despues exclamó lleno de gozo: *¡ Oh, y cuántas cosas veo!* Este pronto y estupendo prodigio ganó muchas almas para Jesucristo; pero no fué bastante para convertir á los sacerdotes de los ídolos. Queriendo Tauro librar á Apolinar de sus manos, le envió á una de sus casas de campo distante algunas millas de la ciudad. Cuatro años estuvo el santo en ella haciendo muchas conversiones, con grandes servicios á los cristianos, y ejerciendo con toda libertad las funciones de su ministerio; pero habiendo sido tambien entonces descubierto, los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver desiertos sus templos, hicieron tantas instancias al emperador, que al fin obtuvieron un decreto para que así el santo obispo como todos los cristianos fuesen desterrados del territorio de Ravena. Sin duda el emperador le trataba con tanta blandura en atencion á los prodigios que obraba continuamente. Fué en fin arrestado Apolinar; y cuando ya le llevaban al puerto, los cristianos que podian mas, le arrancaron por fuerza á los gentiles; pero cogido otra vez por estos al mismo tiempo que iba á entrar en la ciudad, le dieron tantos golpes, que le dejaron por muerto. Halláronle aun los cristianos con vida, y le retiraron á una casa inmediata, donde, exhortando continuamente á los fieles á ser constantes en la fe á pesar de las persecuciones, espiró siete dias despues entre las manos de sus queridos hijos, que quedaron inconsolables con la pérdida de tan amoroso padre. Sucedió su preciosa muerte el dia 23 de julio del año de 81 en el imperio de Vespasiano. Sacrificóse santo. dice san Pedro Damiano, como una

hostia viva al Señor, en el prolongado martirio de veinte y nueve años que duró su pontificado, siendo célebre en la Iglesia por su zelo, por su santidad, por sus trabajos y por sus milagros. Por una inscripcion muy antigua, que aun se lee hoy en la iglesia de Clase, á cinco cuartos de luego de Ravena, se sabe que estuvo en aquel sitio el santo cuerpo dentro de un sepulcro de mármol blanco, el cual se conserva todavía; y en la misma se dice que se conservó allí hasta el octavo año del consulado de Basilio, que fué el de 544, en que Maximiano, obispo de Ravena, le hizo trasladar en el dia 9 de junio á otro lugar mas retirado de la misma iglesia, que es una gruta debajo del altar mayor, donde hoy dia se ve el sepulcro de mármol de nuestro santo. Siempre le han profesado los pueblos grande devocion, la que cada dia va en aumento por los grandes beneficios que consigue su intercesion á todos los que le invocan.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Apolinario, obispo, que, ordenado en Roma por el apóstol san Pedro, y enviado á Ravena, padeció por la fe de Jesucristo muchos y diversos tormentos. Mas tarde predicó el Evangelio en Emilia, donde convirtió muchos idólatras. Por último, vuelto á Ravena, consumó allí su glorioso martirio bajo el emperador Vespasiano.

En Roma, san Rósifo, mártir.

En el mismo lugar, el suplicio de santa Primitiva, virgen, san Apolonio y san Eugenio, mártires.

En dicho dia, san Trófilo y san Teófilo, mártires, que alcanzaron su recompensa en tiempo del emperador Diocleciano, despues de haber sido apedreados, echados al fuego, y por último acuchillados.

En Bulgaria, muchos mártires, á quienes el empe-

rador impío Nicanor hizo morir de diferentes modos, á unos con la espada, á otros con la cuerda, y á algunos traspasados con flechas, ó dejándolos pudrir en una cárcel, consumidos de miseria.

En Mans en Francia, san Liborio, obispo y confesor.

En Roma, santa Rómula, santa Redenta y santa Herondina, vírgenes, de quienes habla en sus obras el papa san Gregorio.

En la diócesis de Seez en Francia, san Raveno, martirizado con su hermano san Rásifo, cuyos cuerpos se veneran en Bayeux.

En Cimimiez en las fronteras de la Provenza y de Monaco, san Valeriano, obispo, quien compuso muchas homilias.

En Arles, el bienaventurado Rostaingo, segundo de este nombre, arzobispo de aquella ciudad, ilustre por su humildad y caridad para con los pobres.

En Egipto, san Versanco, martirizado con otros dos.

En Roma, el fallecimiento de santa Brigida de Suecia, viuda, autora del libro de las revelaciones.

La misa es en honor del santo, y la oracion la siguiente.

Deus, fidelium remunerator animarum, qui hunc diem beati Apollinaris, sacerdotis tui, martyrio consecrasti: tribue nobis, quæsumus, famulibus tuis, ut, ejus venerandam celebramus festivitatem, precibus ejus indulgentiam consequamur. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, remunerador de las almas fieles, que consagraste este dia con el martirio de tu sacerdote el bienaventurado Apolinar: suplicámoste que concedas á nosotros tus humildes siervos el perdón de nuestros pecados por los ruegos de aquel cuya venerable solemidad celebramos. Por nuestro Señor Jesu Cristo...

La epistola es de la primera del apóstol san Pedro, cap. 5.

Charissimi: Seniores, qui in vobis sunt, obsecro, senior, et testis Christi passionum: qui et ejus, quæ in futuro revelanda est, gloriæ communicator: pascite qui in vobis est gregem Dei, providentes non coactè, sed spontaneè secundùm Deum: neque turpis luci gratiâ, sed voluntariè; neque ut dominantes in cleris, sed forma facti gregis ex animo. Et cum apparuerit Princeps pastorum, percipietis immarcescibilem gloriæ coronam. Similiter, adolescentes, subditi estote senioribus. Omnes autem invicem humilitatem insinuate, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam. Humiliamini igitur sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis: omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. Sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret, cui resistite fortes in fide: scientes eandem passionem ei, quæ in mundo est, vestræ fraternitati fieri. Deus autem omnis gratiæ, qui vocavit nos in æternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum passos

Carísimos: Esta es la súplica que hago á los presbíteros que hay entre vosotros, yo que soy presbítero como ellos, y testigo de las penas que padeció Jesu Cristo, y que he de tener parte en aquella gloria suya, que á su tiempo se manifestará. Apacenta el rebaño de Dios que os ha confiado, gobernándole no por fuerza, sino por voluntad, que sea segun Dios: ni por deseos de un torpe interés, sino por puro amor: ni como dominando sobre la heredad del Señor, sino sirviendo de modelo al rebaño por una virtud que nazca del corazon. Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que jamás se marchitará. Igualmente vosotros, ó jóvenes, estad sujetos á los ancianos. Procurad todos inspiraros mutuamente la humildad; porque Dios resiste á los soberbios, y á los humildes da su gracia. Humillaos, pues, bajo la mano poderosa de Dios, para que os exalte en el tiempo de su visita, poniendo en él toda vuestra solicitud, porque tiene cuidado de vosotros. Sed sobrios, y velad, porque el diablo, vuestro enemigo, os anda al rededor, como leon que ruge, buscando á quien devorar: resistible,

ipse perficiet, confirmabit, solidabitque. Ipsi gloria, et imperium in sæcula sæculorum. Amen.

poniendo toda vuestra fuerza en la fe, sabiendo que vuestros hermanos, dispersos por el mundo, padecen las mismas aflicciones que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su gloria eterna, os hará perfectos, firmes é inmortales, despues de haber sufrido por un poco de tiempo. Para él mismo sea la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amen.

NOTA.

« Estaba san Pedro en Roma en compañía de su » querido discipulo san Marcos cuando escribió esta » carta, que es la primera de las siete canónicas, » llamadas así, porque contienen reglas muy importantes para el gobierno de las costumbres, y muy » provechosas instrucciones en las materias de fe. » La palabra griega *canon* significa lo mismo que » regla. Tambien se llaman *católicas*, como si dijé- » ramos *circulares*, porque, no dirigiéndose á ninguna iglesia en particular, eran comunes á todas. »

REFLEXIONES.

Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios, porque resiste á los soberbios, y da la gracia á los humildes. Leccion muy importante, pero que debiera ser poco necesaria; porque, á no haber perdido el hombre enteramente la razon, ¿quién no ve que no hay virtud mas natural, ni mas propia de nuestra miseria, que la humildad? Todas las cosas nos la están predicando: ignorancia, flaqueza, enfermedades, indigencia, padecimientos, brevedad de la vida, edad, caducidad y sequedad. Pero ¿qué poco nos aprovechamos de estas

lecciones! Bien podemos ser humillados; mas estamos distantes de ser humildes. No hay que pensar que el orgullo habita solamente en los palacios de los grandes; muy de ordinario reina con mayor insolencia en las casas de los plebeyos. Es verdad que la profanidad le fomenta; pero no se sabe acomodar menos con exterioridades modestas. Habiase refugiado en los claustros la humildad, creyendo encontrar en ellos seguro asilo: siguióla el orgullo muy de cerca, y se puede decir que no hay condicion, edad ni estado donde la humildad esté á cubierto. A la verdad, los hombres de extraordinario mérito están menos expuestos al orgullo, ó á lo menos son mas capaces de conocer la bajeza de esta pasion. Un buen entendimiento no se deja fácilmente deslumbrar de fuegos fatuos, descubriéndole su misma penetracion lo mucho que le falta; pero un entendimiento corto, como casi no sale de si mismo, ni sus luces alcanzan nunca mas allá de su limitada esfera, todo cuanto descubre en los demás le parece comun, y todo lo que ve en si lo juzga extraordinario. De aquí nace que se hallan tantos orgullosos, porque son muy raras las grandes capacidades. *Ay de vosotros*, dice el Profeta, *los que sois sabios á vuestros ojos*. Sin embargo, son muy pocos los que se eximen de este vicio. Ni aun los que mas gritan y mejor escriben contra esta pasion, suelen ser los que están mas enemistados con ella. ¿Cosa extraña! No pocas veces se declama por orgullo contra el orgullo mismo. Extiéndese este veneno hasta aquello mismo que debiera servirle de antídoto; aun en la misma humillacion se suele á veces esconder el orgullo. Pero ¿qué funestos efectos no se suelen seguir de él! ¿cuántas pasiones dormirian profundamente, si el orgullo no las despertara! ¿cuántas familias vivirian hoy en una perfecta union conservando su esplendor antiguo, si el orgullo no hubiera

soplado el fuego de la discordia! Son pocas las pasiones que no deban á esta lo mas vivo y lo mas amargo que tienen. El orgullo comunica á la cólera su hinchazon y su ferocidad; á la envidia su malignidad y su desconfianza; al odio aquella llama voraz que causa incendios tan funestos; al orgullo debe la lascivia sus inquietudes y sus desasosiegos: ¿y de qué otro principio nacen casi todas nuestras desazones, amarguras y pesadumbres? *El orgullo*, dice el Espiritu Santo, *mina las casas mas floridas*; es un viento que todo lo marchita, todo lo abrasa y todo lo consume. No hay árbol tan frondoso que no se seque, una vez que este gusano llegue á roer su raiz. Es el orgullo como el alma de todas las pasiones, y el manantial de todos los males. A un buen entendimiento ninguna cosa le debe humillar mas que el mismo orgullo.

El evangelio es del cap. 22 de san Lucas.

In illo tempore, facta est contentio inter discipulos, quis eorum videretur esse major. Dixit autem eis Jesus: Reges gentium dominantur eorum, et qui potestatem habent super eos, benefici vocantur. Vos autem non sic: sed qui major est in vobis, fiat sicut minor: et qui præcessor est, sicut ministrator. Nam quis major est, qui recumbit, an qui ministrat? nonne qui recumbit? Ego autem in medio vestrum sum, sicut qui ministrat: vos autem estis, qui permansistis mecum in tentationibus meis: et ego dispono ut sicut disposui mihi Pater

En aquel tiempo se suscitó contienda entre los discípulos sobre quién de ellos parecia ser mayor. Pero Jesus les dijo: Los reyes de las gentes las gobiernan con imperio: y los que las tienen bajo de su potestad, se llaman benéficos. Vosotros no habeis de ser así: sino que aquel que sea entre vosotros mayor, hágase como si fuese el menor: y aquel que precede, como el que sirve. Porque, ¿quién es mas, el que está sentado, ó el que está sirviendo? ¿No es mas el que está sentado? Pues yo estoy entre vosotros como quien sirve. Vosotros sois los que habeis permanecido

meus regnum, ut edatis, et bibatis super mensam meam in regno meo; et sedeat super thronos judicantes duodecim tribus Israel. conmigo en mis tentaciones: y yo os dispongo un reino, así como mi Padre me le tiene dispuesto á mi, para que comais y bebais á mi mesa en mi reino, y os senteis en tronos para juzgar las doce tribus de Israel.

MEDITACION.

LA HUMILDAD DE JESUCRISTO DEBE SER EL MODELO Y LA MEDIDA DE LA NUESTRA.

PUNTO PRIMERO.

Considera lo que dice san Pablo (1), que *á los que Dios antevió con su presciencia, los predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo*. Este es el modelo cabal de los elegidos. Parecerse á cualquiera otro retrato, y ser desemejante á este, es señal de reprobacion. Todos admiramos la profunda humildad del Salvador; pero ¿somos todos humildes? Sirve Jesucristo á la mesa á sus discípulos; ¿puede haber mas humildad? Si; aun pasa mas adelante la de este divino Maestro: se postra á los piés de todos, y hasta á los del mismo Judas; corrige la necia vanidad de los que le siguen, menos con sus palabras que con su ejemplo; parecele que no les debe dar otra leccion. Por este divino modelo se aplicaron todos los santos á arreglar sus máximas y su conducta. Este ejemplo fué el que inspiró tan bajo concepto de si á los mayores hombres luego que seriamente pensaron en salvarse. Mientras no perdieron de vista este grande ejemplo los principes mas poderosos, se pusieron á nivel con sus mas humildes vasallos. Aquellos grandes monarcas, cuyo poder y cuyo valor hacia temblar á sus vecinos, se juzgaron muy honrados postrándose

(1) Rom. 8.